

La Voz de Guipúzcoa

Año VI.

Diario Republicano.

Núm. 1.855

Precios de suscripción.

SAN SEBASTIÁN: tres meses, 4 pesetas.—PROVINCIA, tres meses, 4,50 pesetas.—EXTRANJERO: un año, 36 pesetas.—ULTRAMAR: un año, 80 pesetas.
Las suscripciones hechas por conducto de los corresponsales, tienen un aumento de 10 por 100.
Número suelto, 5 céntimos.—Número atrasado, 10 céntimos.
No se devuelven los originales.

San Sebastián.—Domingo 18 de Mayo de 1890.

Redacción y Administración.

CALLE DE FOHAIDE, 6, BAJO.

TELÉFONO N.º 24.

Precios de inserción.

En cuarta plana, 10 céntimos la línea.—En tercera plana, anuncios preferentes (pocos), 20 céntimos la línea.—Gacetas, 50 céntimos.—Anuncios en la primera plana, 1 peseta la línea.
ENVIAR PROPORCIONALMENTE AL NÚMERO DE INSERCCIONES.
COMUNICADOS: 4 precios convencionales, de 1 a 25 pesetas línea.
Resibe anuncios en París M. A. LORETTE, rue Caumartin 61, uno de nuestros corresponsales.

ABNEGACION ROMERISTA

Lo decíamos ayer y hoy volvemos a insistir, porque bueno es ir saldando las cuentas corrientes.

El Sr. Romero Robledo se ha desmentido una vez más en sus careadas protestas de amor a todo lo que es interés de este noble y esquilimado suelo vascongado.

Los representantes de este país han librado una lucha tenaz en defensa de legítimas reclamaciones de los liberales y han contado solo con sus propios esfuerzos y con las simpatías que la bondad de la causa que defendían han despertado entre los diputados de recto y no embargado juicio.

Se trataba de un asunto de efectos mediatos y convenientes para los intereses vascongados; se trataba de un acto de justicia, de un litigio noble y necesario entablado solo por la osadía de una comisión bastante imprudente para negar el pago de una deuda sagrada y autorizar el pago de dividendos escandalosos; se trataba de una verdadera iniquidad ante la cual toda conciencia serena clama y protesta; se trataba, en una palabra, de legítimos e innegables intereses vascongados.

La influencia de un jefe de una minoría podría haber influido bastante; quizá hubiera podido ser decisiva; por qué quién nos dice a nosotros que exigiendo el Sr. Romero Robledo el auxilio de los que cuentan con su apoyo en otras cuestiones políticas más triviales y uniendo este refuerzo al que con su gente hubiera podido llevar a los representantes vascongados, la enmienda de estos no se hubiera impuesto al dictamen de la comisión de presupuestos?

Pero—tengáse bien presente—el debate se inicia; los diputados de esta región luchan desesperadamente con ese ardor que presta la razón, y el jefe del reformismo, el tantas veces decantado salvador de nuestros intereses, el Sr. Romero Robledo se ocupa en confabular generales para ver de organizar un partido que le ayude a satisfacer sus desordenados apetitos políticos, y hasta deja de asistir a la sesión, que equivale a negar su voto a la petición legítima y justa.

¿Es que está con los que no quieren reconocer la legitimidad de la deuda?

Pues que no se llame defensor de los intereses vascongados.

¿Es que mira con indiferencia cuestión tan importante que va en ella envuelto el interés material de muchas familias vascongadas y aun de todas estas provincias?

Pues que no se llame apóstol y defensor de nuestros derechos y nuestras modestas, pero justísimas aspiraciones.

¿Qué podrá esperar Guipúzcoa de las promesas que ha oído de los labios del señor Romero Robledo sobre la restauración del edificante sistema descentralizador de este pueblo, cuando tratándose de cerca un asunto tan importante y de consecuencias tan inmediatas, le acoge con la más fría y socarrónica indiferencia?

¿Por qué no ha votado el Sr. Romero Robledo con los representantes de las provincias vascas?

¡Ah! porque al jefe reformista le da un bledo cuanto en ellas pueda ser de interés y de vida ó muerte.

Porque él es político antes que todo y supedita las razonables demandas a las conveniencias de su maquiavelismo político. Si no se le conociera de antemano, ahora empezaríamos a conocerle.

En Guipúzcoa dice: «Todo por Guipúzcoa.»

Pero lejos pensará: «Guipúzcoa... ¡y a mí qué?»

Ese es Romero Robledo.
Hay que ir desenmascarándole.

HUELGA EN BILBAO.

En Setares.

De lo ocurrido el viernes en la invicta villa, tomamos las siguientes noticias de nuestro estimado colega *El Norte*:

Algo se había dicho acerca de unos grupos de obreros que se habían dirigido a Setares el miércoles con objeto de impedir que se trabajara en aquellas minas.

Según nuestras noticias, a las tres de la tarde llegaron a la mina de Secres grupos de obreros vizcaínos en actitud pacífica, pero manifestándose decididos a obligar a los trabajadores a incorporarse con ellos, un cuando se vieran que emplear la viva fuerza contra los que se opusieran. Para tratar de impedirlo se halla al encuentro de los grupos el capatás de la mina, de acuerdo con el alcalde de Castro-Urdiales, a quien a su vez había dado instrucciones muy precisas el señor gobernador civil de la provincia, disponiendo al propio tiempo la concentración de la guardia civil de los puestos inmediatos a dicha villa, en la cual debía encontrarse ya el comandante jefe de esa fuerza, y adoptando otras medidas de precaución que le sujería su celo y constante empeño por el mantenimiento del orden, decidido como parece a garantizar el derecho de todos, empezando por el de los obreros que no quieren someterse a la intimidación de los huelguistas, ni hacer causa común con ellos.

Más tarde parece que algunos miles de obreros pasaron por Ontón, donde obtuvieron raciones por intimidación y acceso a viva fuerza, aunque en rigor de verdad no hay ninguna dato concreto que indique que se haya ejercido acto ninguno de violencia material.

En esta disposición debieron de proseguir los huelguistas hasta Santullán a tres kilómetros de Castro-Urdiales, deteniéndose allí espontáneamente, noticiosos sin duda de que en esta villa se habían adoptado precauciones adecuadas para mantener el orden e impedir todo conato de tumulto. Con todo, algunos grupos penetraron en la población y recorrieron parte de ella en actitud pacífica; allí reinaba absoluta tranquilidad, afianzada con la llegada de una parte de la guardia civil que se esperaba, y la presencia de carabineros, guardias municipales y rurales que desde los primeros momentos organizó en elemento de defensa el alcalde señor Villota, con celo y diligencia bien loables.

Entre tanto, de la masa de huelguistas vizcaínos quedaron instalados en Setares unos 400, y de éstos se destacó un grupo en dirección a Somorrostro, que se entretiene por el camino en pegar fuego a las malezas que hallaba al paso. Su ánimo debía ser excitar a los trabajadores de aquel distrito a que se unieran con ellos.

En Setares forzaron puertas de capataces y peones para imponerles la huelga, obligándoles a unirse a ellos, habiendo luchado con peones que no se prestaban, resultando algunos heridos y tratando de incendiar la casa del capatás principal.

Desde Santullán salió el batallón de Andalucía, que llegó a la siguiente mañana a Castro-Urdiales.

Los sucesos narrados, aunque algo alarmantes, no han adquirido después más importancia por lo que se refiere a Santander.

El fin, la prudencia y la actividad del señor gobernador civil a quien fué a ofrecerse el diputado por Castro Sr. Ibarra, así como sus subordinados y del señor comandante general de Santullán, han contribuido eficazmente a que la asonada no adquiriera mayores proporciones y no pasara de ser una correría vulgar.

El jueves continuó la huelga, habiéndose presentado en las minas fuerzas de la guardia civil.

Tres vapores había a la carga en Salta-Caballos, a los que el retraso habrá de ocasionar evidentes perjuicios.

Ayer se presentaron todos al trabajo y todo ha vuelto a su estado normal.

En la Arboleda.

Como ya dijimos ayer, pernoctó en la Arboleda uno de nuestros redactores, en previsión de lo que pudiera ocurrir.

Por la noche.

Con la llegada de las tropas se habían calmado algo los ánimos.

Sin embargo los agitadores de la huelga no dejaron de trabajar para que los peones no acudieran a sus faenas.

En una de las tiendas un peón arrojó una carta que contenía amenazas a los dueños de las minas, si no seguían dando al fado los géneros a los jornaleros.

Por lo demás la noche se pasó en calma.

Por la mañana.

Desde las primeras horas de la mañana se fueron formando grupos de peones en la plaza del pueblo.

Como las compañías mineras habían dispuesto no comenzar los trabajos, si no después del primer cuarto de día, no sonó la corneta llamando a los mineros hasta las ocho y media.

Para las siete se había puesto en movimiento el batallón de Llerena, ocupando las alturas que dominan las minas de Orconera, Mame, Parcochá, Seinetá, Lejana, Matamoros y otras.

Desde el campanario.

Para dominar mejor las minas y poder apreciar lo que ocurría, subió nuestro compañero al campanario de la iglesia del pueblo, acompañado del concejal de aquel ayuntamiento, don Francisco Pérez.

Desde allí la vista abarcaba casi todas las minas de la jurisdicción.

La llamada.

Al toque de corneta los obreros prorrumpie-

ron en aplausos y retrocedieron, en son de burla.

Otras dos veces volvió a llamar la corneta y aconteció lo mismo.

En las demás minas tampoco entraron a trabajar.

Solo se vió avanzar con dirección a ellas a los capataces, ayudantes y artilleros.

El Sr. Marc-Lennan se dirigió a los grupos y con cariñosas frases trató de convencer a los huelguistas para que acudieran a los trabajos. Aquellos no hicieron caso de los consejos del señor Marc-Lennan.

Un capitán de cazadores dirigió también la palabra a los mineros diciéndoles asimismo que no tuvieran ningún cuidado, pues las fuerzas los protegían estando el camino expedito para los que lo quisieran hacer, pero ningún obrero hizo caso de las exhortaciones.

Cuatro de ellos que se prepararon dando voces, fueron detenidos en el acto.

Uno de los aprehendidos es de los que más se han señalado en el movimiento huelguista.

Entre tanto se habían reunido en la mina Mame, los capataces, ayudantes y artilleros y comenzaron los trabajos.

En la mina Parcochá, solo acudieron al trabajo nueve obreros.

Los capataces de esta mina, recibieron orden de reclutar seis peones cada uno, pero no parece lograron su cometido, a pesar de haber ofrecido a unos 90 peones, abonarles medio día de jornal por trabajar solo durante dos horas. En la Arboleda se encontraba el director de la compañía Orconera, Mr. Gill, y varios señores consejeros.

El rancho.

A las diez de la mañana, se reconcentró la tropa y se dió un rancho a los soldados en una caserita que hay a la entrada del pueblo, donde estaban muy bien colocadas las mesas para racionera.

Más detenidos.

Los mineros persistían en su actitud pasiva, pero enérgica, de no acudir a los trabajos.

Por el teniente coronel jefe del batallón de Llerena, se dieron algunas órdenes, e inmediatamente se procedió a la captura de varios individuos.

Seis de ellos, entre los que se cuentan un hermano del presidente del comité socialista de la Arboleda y un vocal del mismo, fueron detenidos en una tienda de los arables.

También fué preso un obrero que días pasados se vió delante de los grupos, y que al detenerlo manifestó que lo había hecho para contentarlos.

La fuerza anduvo en busca de otros dos sujetos muy conocidos por sus ideas socialistas, pero había la una de la tarde no se les pudo hallar.

Más tropas.

A la una menos cuarto de la tarde llegaban a la Arboleda el general de brigada Sr. Cappa, con un batallón del regimiento de Garelana. El pueblo estaba en calma.

Por las minas.

En vista de varias noticias que habían circulado sobre trastornos ocurridos en otras minas, salió nuestro compañero de la Arboleda con dirección a Gallarta, pasando por las canteras que se encuentran en dicho camino.

En una de las minas le manifestaron que por la mañana habían andado a pedradas los mineros, y disparándose además un tiro sin que se sepa si han ocurrido ó no desgracias.

En las otras minas no ocurría novedad, pero nadie trabajaba.

Por el camino encontró diferentes grupos de mineros en actitud pacífica.

El tiempo se había encapotado y una espesa niebla apenas permitía ver los objetos a diez metros de distancia.

A las tres de la tarde empezó a caer en el monte una fuerte lluvia que disolvió los grupos de obreros que había formados.

En Ortuella y Gallarta.

A la hora de costumbre acudieron al trabajo los operarios de la Franco-Belga y del ferrocarril de Triano.

Los de este último manifestaron a sus jefes que querían dos reales de aumento en los salarios que cada hora extraordinaria se pague como hora y media ordinaria; y que los domingos les paguen doble jornal.

Continuaron trabajando hasta las diez y media de la mañana en que se presentaron algunos grupos de huelguistas intimidados para que abandonaran los trabajos logrando que se retiraran las máquinas que arrastraban el material y los obreros.

Continuaron circulando sin inconvenientes los trenes de viajeros.

En la Franco Belga ocurrió lo propio. Desde allí fueron a Arcocha donde también paralizaron los trabajos.

Lo propio ocurrió en las minas de Gallarta; a primera hora trabajaron todos los obreros, pero después se presentaron varios grupos de huelguistas y paralizaron los trabajos.

En la mina San Miguel y en algunas otras, los huelguistas apedrearon a los obreros que estaban trabajando.

En las minas de la sociedad Galdames tampoco trabajaron los obreros, recorriéndolas algunos grupos.

A los descargaderos de Sestro bajaron algunos trenes de Galdames, donde no cesaron las faenas.

En las fábricas.

Es digno de notarse lo que ocurre en la fábrica San Francisco, del Desierto, perteneciente al Sr. Martínez de las Rivas.

Se ha dicho que los obreros de los astilleros de Nervión son aquellos que meten más ruido y apesar de eso, en la fábrica citada que se halla separada de los astilleros por una correa han acudido al trabajo todos los operarios.

Algunas personas manifestaban su alegría de que se declararan en huelga los operarios de los astilleros, conociendo las ventajosas condiciones de su trabajo.

Esas personas se han dirigido a varios de los operarios.

—¿Qué motivos tenéis para colocarlos en esa actitud? les han dicho.

—Nosotros, contestaban, estamos muy satisfechos. Trabajamos menos tiempo que los demás obreros, tenemos libres las tardes de los sábados y nuestros jornales son crecidos, pero tenemos espíritu de compañerismo y defendemos los derechos de nuestros hermanos de las minas.

En los astilleros trabajaron ayer mañana las dos terceras partes de los que a diario acuden.

Varios obreros ingleses se presentaron ayer en actitud perturbadora; uniéndose a los huelguistas.

El vice-director de los astilleros Mr. Clarke procuró disuadirlos y algunos escucharon sus cariñosas y persuasivas palabras acudiendo al trabajo; los demás pasaron la barca y se dirigieron a Luchana.

A las dos de la tarde llamaban en los astilleros al trabajo y se presentó solamente la tercera parte de los obreros, quizá por las noticias alarmantes de Bilbao que corrían allí.

El director Mr. Wilson en vista de que habían acudido pocos obreros mandó tocar el cuerno de salida.

En la fábrica de hojalata de los señores Goitia y compañía, y en la fábrica La Vizcaya entraron los operarios a la hora de trabajo.

A los Altos Hornos acudieron en escaso número a primera hora.

Los huelguistas andaban amenazando de casa en casa, porque varias mujeres fueron a visitar a sus maridos a las fábricas y asustadas les invitaban a que se marcharan a sus habitaciones.

Todo el día trabajaron los obreros en la descarga, de coke de la fábrica San Francisco.

Algunos grupos de huelguistas se dirigieron a los cargaderos é insultaron a los que trabajaban.

Uno de los primeros, vestido con una chaqueta corta les dió con cierto aire de lástima: —Quedados ahí, *meñépigos*.

Petición atendida.

A las seis de la mañana se presentaron al trabajo los jornaleros ocupados en el relleno y mazonos en los astilleros por cuenta del contratista José Hormaza.

Toda la cuadrilla le pidió las mismas horas de trabajo y el mismo jornal que los de los astilleros.

El capatás les dijo que participaría sus peticiones al contratista y que continuaran trabajando, a lo que se negaron sin obtener antes contestación.

Se presentaron al Sr. Barturen, un sargento de la guardia civil y varios números y en representación de sus compañeros les expuso un operario llamado Segundo Mata sus pretensiones que el primero dijo no eran absurdas.

Poco después llegó el capatás y en nombre del contratista accedió a las peticiones de los obreros.

El carro del pan.

En Urbínaga se hallaba despachando pan desde un carro, un repartidor de la Magdalena y se lo acoraron tres sujetos diciéndole: —Burgués, vente con nosotros que sinó te acribillamos.

Y uno de ellos sacó una navaja.

Asustado el repartidor abandonó el carro y fué a llamar a la guardia civil que prendió a los tres sujetos al llegar al Desierto.

Una reunión.

En Erandio celebraron ayer una reunión, asistiendo unos 300 operarios de varias fábricas, acordando por unanimidad proponer a los patronos que trabajarán ocho horas en invierno y nueve en verano con los mismos jornales que hoy tienen.

Lo que piden los huelguistas.

Una comisión de cinco individuos se presentó ayer mañana a los mineros interesados entregándoles el siguiente escrito:

«Los individuos que abajo suscriben, representantes de los trabajadores mineros declarados en huelga, deseosos en bien de los intereses de ambas partes que no se prolongue ésta por más tiempo, sometemos a ustedes las conclusiones adoptadas con este motivo y que a continuación se expresan:

1.^a Que la jornada de trabajo diario no exceda de diez horas.

2.^a Que se supriman por completo las tareas.

3.^a Supresión absoluta de los Cuarteles 6 Ba-